

ríos...: Paz, Guadalete, Fraternidad, Sincero, Caridad, Esperanza, Rhin, Constanza, Lealtad, Lepanto, Numancia...

Por último, y lo que nos parece más significativo, los hay que llevan nombres, y en elevado número, de personajes del liberalismo español o extranjero, con mayor o menor carga de anticatolicismo. Y no pocos de ellos con la máxima. Así, entre los casi 502 masones censados, algunos sin que se mencione su nombre simbólico, nos encontramos con 14 que eligieron el de Salmerón, cosa que en Almería es más explicable, 10 del de Prim, 7 el de Espartero, 6 el de Riego, 5 el de Garibaldi y Gambetta, 4 el de Ruiz Zorrilla, 3 el de Rousseau, Mendizábal y Torrijos, 2 el de Campomanes, el Empecinado, Víctor Hugo, Mirabeau, García Vao, Morayta, Sagasta, Argüelles, Barcía y Castelar, y 1 el de Giordano Bruno, Orsini, Sixto Cámara, Krause, Martínez de la Rosa, Olózaga, Dantón, Cavour, Juárez, Rivero, Sanz del Río, Orense, Pi y Margall, Zurbano, Calatrava, Víctor Manuel, Voltaire, Volney, Pierrad, Villacampa, Quintana... ¿Es necesario algo más?

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGONA

**Díaz Sánchez-Cid, José Ramón: EL SEMINARIO
CONCILIAR DE SAN ILDEFONSO DE TOLEDO.
CIEN AÑOS DE HISTORIA (1889-1989) (*)**

Un libro que da mucho más de lo que promete. El sacerdote toledano, ordenado en 1978, José Ramón Díaz Sánchez-Cid, escribe la historia del centro en que realizó sus estudios de preparación al sacerdocio y del que después sería profesor, con amor evidente y natural. Pero se engañaría quien creyera que estamos ante una monografía de puro interés local, y aun dentro de este reducido campo, circunscrita además al meramente religioso. No. El libro abarca mucho más y tiene notable importancia aunque haya que leer entre líneas no pocas de sus conclusiones más interesantes.

(*) Estudio Teológico de San Ildefonso, Seminario Conciliar, Toledo, 1991, 534 págs.

Estamos ciertamente ante una historia del seminario de san Ildefonso de Toledo, cuestión de no demasiada importancia, pero es también una historia de la archidiócesis primada en los últimos cien años y, por tanto, en la parte correspondiente, una historia de la Iglesia de España. Y Toledo no es, precisamente, Guadix, Ciudad Rodrigo o Mondoñedo. Hay mucho contenido en este libro que voy a procurar desentrañar para los lectores, ya que una lectura apresurada tal vez dejara desapercibidas importantísimas cuestiones.

Los cien años estudiados por el autor no lo han sido de igual forma. Hay una gran diferencia entre los primeros, escritos más a vuelapluma, y los últimos, que analiza de forma casi exhaustiva.

De los doce arzobispos primados que comprende el estudio —Francisco Álvarez, el actual, fue nombrado bastante después de que se imprimiera el libro—, los siete primeros (Payá, Monescillo, Sancha, Aguirre, Guisasola, Almaraz y Reig) sólo son evocados en las cuestiones más trascendentes y ligadas al seminario. Muy poco aporta, pues, a la historia de esos preladados y hechos tan resonantes como el "motín" de 1897 son apenas apuntados. Creemos que bastará para probar nuestra afirmación el señalar que los siete cardenales mencionados, figuras importantísimas de la Iglesia hispana, ocupan solamente cuarenta y tres páginas de las más de quinientas de libro. No se busque, pues, el trabajo de José Ramón Díaz para conocer la historia de esos primados, aunque no deja de tener alguna noticia de interés.

Ya dedica más atención al cardenal Segura, notable personalidad de nuestra Iglesia absolutamente necesitada de una buena biografía que he reclamado insistentemente a sus sobrinos y queridísimos amigos, Santiago (ya fallecido), Antonio y María Teresa, con escasísimo resultado. También son más las páginas dedicadas a Gomá, aunque también nos parecen insuficientes.

Y, como ocurre en tantos libros escritos por eclesiásticos, que derrocharon horas y trabajos en acumular datos sobre su tema específico, también en éste se hace notar el desconocimiento sobre el entorno político y social de la cuestión analizada. No nos sorprende si el mentor elegido para esos menesteres es el parcial

Joaquín L. Ortega y la intendencia un par de manuales de historia eclesiástica.

Nos nos extraña, por tanto, que hable del cierre de conventos y el destierro de los jesuitas decretado por O'Donnell —¿cuál de ellos? ¿El conde de La Bisbal? ¿Don Leopoldo?—, que ni cerró conventos ni desterró jesuitas o que feche la primera República de 1868 a 1870, cuando aún faltaba algún año para que se proclamase. Pero son ignorancias que en nada afectan a lo sustancial del libro.

Más grave nos parece, por más reciente y de mayores consecuencias, atribuir la guerra civil al enfrentamiento de comunistas y falangistas (pág. 98). Eso supone no saber nada de los hechos, sobre algo que fue trágico para la Iglesia española y, ciertamente, para la de Toledo. Tampoco es tratada con ecuanimidad la actitud de la Iglesia ante el régimen nacido el 18 de julio que venía a salvarla de una muerte cierta (págs. 107, 112-114), aunque, en esta ocasión, las parias ofrecidas al progresismo vienen contrapuestas con el reconocimiento inequívoco de la gesta martirial y de los apoyos materiales del nuevo régimen a la Iglesia católica y concretamente a la de Toledo. Pero, repetimos, estos pequeños lunares no desmerecen el valor del trabajo.

El martirio de la Iglesia toledana es reclamado como gesta heroica y no ocultada (págs. 99-103). Fueron "asesinados" —no muertos de gripe o de no se sabe qué epidemia— 208 sacerdotes de los 425 que integraban el clero parroquial. Y doce de los veintitrés canónigos, catorce de los veintidós beneficiados, dos de los cuatro adscritos, seis de los diez capellanes de Reyes, los ocho capellanes mozárabes. Y cuarenta y cuatro franciscanos, veintiseis dominicos, dieciseis carmelitas, diez maristas, seis salesianos, cuatro jesuitas, tres paúles y siete escolapios. Más tres monjas carmelitas, una de la Caridad y otra de una tercera congregación (págs. 102-103).

Pasamos por alto el largo y fecundo pontificado de Pla y Deniel para detenernos en el de Tarancón que supuso la ruina del Seminario, pese a la brevedad del mismo. Su imprudente progresismo llevó a aquella institución al borde de la desaparición, al igual que aconteció en otras diócesis gobernadas por otros

obispos de la misma ideología. ¿Lo dice así el autor? Ciertamente, no. Pero intérpretese los siguientes párrafos:

"La experiencia de los pisos (genial idea de Tarancón, la apostilla es nuestra) —un grupo de seminaristas en la parroquia de Santa Bárbara y otro en la de Santiago— había resultado un fracaso. En los mismos términos se puede aludir a la llamada «etapa intermedia» (otra genial idea del mismo) —entre Preuniversitarios y Estudios Eclesiásticos— o presunto periodo —por lo general de un año de duración— de maduración vocacional para alumnos del Seminario que querían repensar su vocación al tiempo que cursaban estudios civiles. Ante resultados tan lamentables, se decidió suprimir (ya por don Marcelo, también es nuestra la apostilla) ambas experiencias" (pág. 154).

"Se presuponía con ingenuidad *rousouliana* en los alumnos una madurez inexistente, aún no lograda. Y la presunta responsabilidad de los mismos se tornó en muchos casos relajamiento disciplinar y abuso manifiesto de libertad" (pág. 263).

Desde luego se puede decir con menos circunloquios pero más claro imposible.

El estudio del pontificado del cardenal González Martín está lleno también de sustanciosas noticias que es preciso asimismo interpretar. Se encuentra con un seminario casi vacío —22 seminaristas en el curso 1971-72 (pág. 222) y aun esos, revolucionados. El nuevo primado no dudó un instante y ya de 1973 —había tomado posesión de la archidiócesis primada el 17 de enero de 1972— es su memorable pastoral *Un Seminario nuevo y libre* que supuso el renacer de lo que parecía morir irremediadamente. Quince años después, el Seminario toledano contaba con más de doscientos seminaristas, cifra desconocida en todo lo que iba de siglo (págs. 220-222). Que se consiguió por la vuelta a los criterios tradicionales y por el celo, la dedicación, la inteligencia y el amor a su diócesis de un gran cardenal.

Este hecho portentoso, cuando a su alrededor todo se hundía, bastaría para elevar a cumbres memorables la egregia figura de Marcelo González Martín. Así lo reconoció Roma en 1978 (págs. 198-199). Pero el libro, que estudia exhaustivamente el

último pontificado toledano, excluido, claro está, el de Francisco Álvarez, nos deja inequívocos datos de otras muchas actuaciones del cardenal González Martín: su apoyo a los estudios mozárabes y su liturgia, las Semanas de Teología Espiritual que se convirtieron en el pulmón intelectual de la mejor Iglesia hispana, su apertura a las necesidades formativas de otras diócesis del extranjero que encontraron en Toledo un clima adecuado para la formación de sus sacerdotes, el encuentro de patrólogos, las jornadas de Derecho canónico...

No tiene sentido resumir en esta breve nota los extraordinarios resultados del pontificado toledano del cardenal González Martín. Aunque quepa dar gracias a Dios por ellos. Pero sí quiero señalar otro aspecto que pudiera pasar desapercibido al lector. Si se repasa el elenco de los ponentes de las Semanas de Teología, de los conferenciantes que con otros motivos acudieron a la archidiócesis, de los obispos que celebraban las eucaristías de tales actos, hay algo que salta inmediatamente a la vista. No aparecen, o es una pura excepción, teólogos de avanzada y de dudosa o más que dudosa ortodoxia. Es como si el cardenal hubiera escogido con minuciosidad, hasta con lupa, diríamos, las personas de los que iban a hablar a sus sacerdotes, a sus seminaristas, a sus monjas, a sus laicos.

Apenas uno o dos nombres sospechosos entre cientos de ellos. Los teólogos más sólidos, más seguros, eran invitados una y otra vez a Toledo. Y el resultado fue espléndido.

Otro apunte más. Entre los últimos ordenados aparecen muchos que habían nacido fuera del territorio diocesano. Porque Toledo se convirtió en el refugio de muchísimos jóvenes de España con vocación sacerdotal que buscaban un ámbito religioso donde no se matara el germen de la llamada interior que sentían, sino donde se cultivara, hasta fructificar en la ordenación sacerdotal.

Ello, en circunstancias normales, no sería una gloria de la diócesis y su arzobispo sino lo elemental. Pero en los tiempos que corrían, con lo que llovía, el seminario toledano es la mayor corona del cardenal González Martín y, al tiempo, la vergüenza de aquellos otros obispos que, por seguir unas modas estériles, están hoy sin seminaristas y sin sacerdotes.

Concluye el trabajo de José Ramón Díaz con el censo de los sacerdotes ordenados en Toledo desde el año de 1889. Es impresionante la apostilla que sigue al nombre de tantos de ellos. Muerto en 1936. Seis de los ordenados en 1889, dos de los de 1890, dos de los de 1891, tres de los de 1892, cinco de los de 1893, dos de los de 1894, nueve de los de 1895, cuatro de los de 1896, nueve de los de 1897, cinco de los de 1898, seis de los de 1899, tres de los de 1900, ocho de los de 1901, seis de los de 1902, diez de los de 1903, cinco de los de 1904, ocho de los de 1905, siete de los de 1906, cinco de los de 1907, que en realidad son seis, pues por omisión, sin duda involuntaria, no añade tal circunstancia a Narciso Esténaga, obispo mártir de Ciudad Real, ocho de los de 1908, dos de los tres ordenados en 1909, diez de los de 1910, tres de los de 1911, cuatro de los de 1912, cinco de los de 1913, uno de los de 1914, siete de los de 1915, tres de los de 1916, seis de los de 1917, seis de los de 1918, cinco de los de 1919, seis de los de 1920, cuatro de los de 1921, cuatro de los de 1922, dos de los de 1923, nueve de los de 1924, uno de los de 1925, dos de los de 1926, nueve de los de 1927, seis de los de 1928, seis de los de 1929, dos de los de 1930, cinco de los de 1931, dos de los de 1932, tres de los de 1933, ninguno de los cinco ordenados en 1934, uno de los de 1935 y cinco de los de 1936. Les era igual que fueran jóvenes jóvenes o viejos, párrocos de pequeños pueblos o canónigos de la catedral. Eran sacerdotes y había que matarlos. Que lo oculten los herederos ideológicos de los asesinos será una falsedad histórica. Pero que lo oculten sacerdotes de hoy es una traición a la sangre de sus hermanos, a la sangre de Cristo crucificado. Afortunadamente no es ese el caso de José Ramón Díaz.

Otra constatación. Gracias a los vientos postconciliares no pocos frutos del Seminario cayeron del gran árbol sacerdotal. Como el autor refleja los nombres de los ordenados aparecen en esa lista algunos más o menos conocidos, más bien menos que más, de personas hoy seculares, no se si canónicamente secularizados, alguno incluso profesor de la Universidad de Madrid.

Y permítanme una anotación puramente personal. Entre los nombres citados en el libro, que desgraciadamente carece de un

necesario índice onomástico, figuran los de personas con las que me he tropezado a lo largo de mi vida y que generalmente me ha sido muy grato reencontrar aunque sea en las páginas de un texto. Algunos amigos de la Ciudad Católica conocerán a bastantes de ellos.

En primer lugar, y llenando la obra, la figura insigne de don Marcelo, a quien desde aquí rindo, una vez más testimonio de admiración, gratitud y afecto. Y otra figura egregia del episcopado español, don José Guerra Campos. Me es inevitable recordar la hermosísima oración fúnebre que le oí a don Marcelo en la catedral de Cuenca con motivo del funeral de su hermano en el episcopado y fiel amigo.

Don Benjamín Morán, clérigo eternamente en vísperas de ordenación, debido a graves problemas de salud, al que recuerdo como asiduo visitante de la casa de Eugenio Vegas —de la casa y no de la tertulia—, con su sotana impecable, su manteo y su teja y unas ideas muy coincidentes con las de Eugenio. Don Vicente Vela Marqueta, teniente vicario de la Armada y director de la Institución San Isidoro, en cuya residencia madrileña cursé mis estudios universitarios. Tenía un aspecto *feroce* y un gran corazón. Mi queridísimo amigo José Miguel Gamba, algunos años profesor del Seminario. Francisco Canals, que en 1976, durante cinco días, expuso sus acreditados saberes filosóficos en un curso de conferencias. Don Santiago Calvo, fidelísimo secretario personal del cardenal con quien en más de una ocasión he mantenido cordialísimas conversaciones. Evencio Cófreces, de quien guardo un pésimo recuerdo por su actitud incomprensiva y autoritaria con motivo de unas jornadas de las Uniones Seglares. Me parece un sarcasmo que una intervención suya, de la que da cuenta el libro, versara sobre *El estatuto jurídico de los fieles en la Iglesia*. Mi impresión es que aún cree que nuestro estatuto es callar, obedecer y pagar. En la antesala episcopal desde hace varios años creo que se le está pasando la edad. No lo lamento.

Y, por último, las ordenaciones postreras que han dado a la diócesis unos excelentes sacerdotes procedentes algunos de ellos de la para mí inolvidable Congregación mariana que dirigía el padre Rafael Ceñal, S. J., a la que tanto deben mis hijos y, por lo

INFORMACIÓN BIBLIOGRÁFICA

mismo, yo. Los nombres de Pablo Cervera, que no era de la Congregación, Luis Fernando de Prada, Juan Manuel Sierra, Gustavo Johanson y Carlos Sobrón —otros podrían añadirse, pero por más recientes no los he visto escritos— me han hecho elevar a aquel benemérito jesuita una oración de gratitud.

Por lo dicho, y perdonada por los lectores esta digresión sentimental, creo que estamos ante un libro que da bastante más de lo que su título prometía.

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGOÑA